

Mujeres y hombres ante el cambio social: viejos y nuevos desfases

Conferencia dictada el 17 de junio de 2010

MARINA SUBIRATS

Hoy les voy a hablar de este tema de hombres y mujeres, al cual he dedicado más de treinta años, como socióloga. Quisiera advertirles que probablemente en algunas cosas puede que mi forma de pensar les sorprenda algo, porque los temas relativos a mujeres siempre han sido, o casi siempre, considerados como un caso particular. Como se considera el caso de los campesinos o el caso de las razas en el mundo.

Se parte de que existe un universo, un mundo, y luego existen grupos que están marginados o tienen problemas, y se suele también pensar a las mujeres desde lo particular.

Yo creo que en el caso de las mujeres los cambios que se han producido son de tal naturaleza que conviene pensarlos desde una perspectiva universal, y pensar universalmente no sólo los cambios de género femenino, sino los cambios de género, es decir, géneros hay por lo menos dos: el masculino y el femenino.

Durante mucho tiempo, por diversas razones, el término género ha sido equivalente a mujer. ¿Por qué? Para decirlo brevemente, en Beijing, en la cuarta Conferencia de la Mujer, de las Naciones Unidas, tuvimos una lucha terrible por defender el

término género, que fue enormemente criticado por los países más conservadores, y como al final se pudo ganar esta batalla, el término género se convirtió en una bandera y en una bandera del feminismo y de las mujeres. A partir de ahí hemos usado muy mal el término género, porque, como siempre, cuando una palabra se convierte en una bandera, posteriormente en el uso académico ya no se sabe muy bien de qué se está hablando. Y esto es lo que pasó. Por ello, y a falta de términos sustitutivos, tenemos que pensar en términos de los géneros y de las relaciones entre los géneros.

Mi punto de vista como socióloga es el siguiente: estamos en un tipo de sociedad que se transforma a una velocidad que nunca antes ha existido. Las sociedades tradicionales que conocemos, y más aun en la prehistoria, que conocemos muy poco, eran sociedades de transformación lenta; por supuesto que había transformación, pero la transformación era lenta. Estamos en una sociedad que se transforma muy rápidamente, pero hay distintas velocidades de cambio. Esto lo sabemos porque hay países que están en la vanguardia. La vanguardia no quiere decir ni mejor ni peor; quiere decir que está en un proceso más avanzado de transformación, mientras hay otros países cuya transformación es más lenta y que, por lo tanto, podemos pensar que irán probablemente en la misma dirección, pero que, en cualquier caso, su transformación no ha ido a la misma velocidad.

De la misma manera en que se transforman los países, se transforma la forma de vivir y se han tenido que transformar los géneros. Entendemos por género las pautas que en cada momento de la historia tenemos como características de lo que es ser hombre y de lo que es ser mujer. Tales pautas también

se están transformando a velocidades distintas y de diferente manera en los diversos países. Como investigo sobre todo en España, voy a hablar de lo que son en este momento los países avanzados en el mundo, en el cual entiendo está casi la totalidad de América Latina, pero no voy a hablar de situaciones que pueden corresponder a África o a otras zonas del mundo, en las cuales los cambios han sido más lentos y, por lo tanto, encontramos problemáticas que en nuestros países, en cierto modo, han sido superadas. Me interesa sobre todo ver qué ocurre en las sociedades avanzadas, porque en cierto modo son las que nos dicen por dónde irán las cosas en el futuro, aunque, por supuesto, nada está escrito y todo puede cambiar de acuerdo a lo que queramos los seres humanos, pero en cualquier caso hay unas líneas que son más visibles en las sociedades avanzadas que en las otras.

Si tomamos las sociedades avanzadas y vemos lo que ha pasado con los hombres y las mujeres, digamos a partir de la segunda mitad del siglo XX, lo que puedo observar es que hay distintas velocidades de cambio, es decir, el género femenino se ha transformado más rápidamente que el género masculino por una razón muy clara: siempre quien tiene el poder trata de mantener las situaciones tal como están.

Si nos pusiéramos a mirar, por ejemplo, qué pasó con las clases sociales, veríamos que efectivamente la aristocracia quería conservar todo como estaba y tuvo que morir como clase social, aunque nos queden por ahí algunos duques y algunos nobles que todavía se precien de ello, pero el sistema que configuraron tuvo que morir para que la sociedad pudiera avanzar.

Esto es lo que ha pasado en parte con hombres y mujeres, pero no les estoy proponiendo que los hombres mueran, esto

sería demasiado grave, el paralelismo con las clases sociales no puede llegar hasta el final. Pero sí los géneros, en tanto que modelos de vida, porque los géneros cambian. En general los seres humanos no solemos darnos cuenta de esto, porque el género lo hemos adquirido desde que hemos nacido. La primera cosa que nos dijeron al nacer fue: es un niño, es una niña, y a partir de ahí nos dieron un nombre distinto según que fuéramos niño o niña, y probablemente nos vistieron con ropa de un color diferente y, cosa que no saben quienes no han investigado, pero sí quienes hemos investigado, nos hablaron de forma diferente según fuéramos niño o niña. Y nuestra madre nos dio pecho de una forma diferente según fuéramos niño o niña y así sucesivamente empezó nuestra sociabilización diferencial de género.

De modo que al abrir los ojos ya éramos un niño y éramos una niña, y durante muchos años hemos creído que habíamos nacido así. Hoy sabemos que no y que efectivamente, tal como nos lo dijo Simone de Beauvoir, no se nace mujer, una se convierte en mujer. Y hubiera podido decir exactamente que no se nace hombre, uno se convierte en hombre, y en un hombre de unas determinadas características según su época, su clase social y su país. Lo mismo sucede con las mujeres.

El sistema que rige cómo van a ser los hombres y cómo van a ser las mujeres ha cambiado muy rápidamente para las mujeres y está cambiando muy lentamente para los hombres precisamente porque ellos han sido en todas las situaciones históricas que conocemos el género dominante y, por lo tanto, más conservador respecto de la situación existente, porque esta situación les ha dado una serie de ventajas, aunque también les haya impedido una serie de procesos de crecimiento.

Las mujeres en el pasado estábamos ocupadísimas en parir y cuidar. Si algún día tienen la ocasión de hacer, por ejemplo, el árbol genealógico de la familia, cosa que yo he hecho porque mi familia es de un pequeñísimo pueblo de Cataluña donde estaban todos los archivos, me di cuenta de que hasta mis bisabuelas, que no murieron muy jóvenes, todas tuvieron entre diez, doce, quince hijos, para al final quedarse con dos o tres hijos, porque se les morían.

Ésta fue su vida desde muy jovencitas, pero no sólo de mis abuelas, de todas las abuelas que existían en ese momento, también probablemente de las de ustedes. Su vida estaba dedicada a la reproducción, pero la reproducción en el sentido más directo: la reproducción física y el cuidar, porque era muy difícil que una criatura viviera en una sociedad llena de carencias donde era difícil vivir. Con lo cual las mujeres tenían todas ese tipo de vida, no podían salir de ella. Salían muy poquitas las que por alguna razón no querían casarse y se iban al convento. Poquísimas.

A partir de cierto momento en que las criaturas viven, y si tienes tres es probable que vivan las tres y si tienes dos también, se reducen las necesidades de reproducción humana tremendamente y, además, se comienza a controlarla. Con lo cual las mujeres hemos tenido la posibilidad de unos horizontes completamente diferentes. Si a esto unimos la existencia del divorcio y otra serie de condiciones, tenemos que este género femenino que estaba cerrado y que era obligatorio dedicar a una serie de cosas, de pronto se abrió y pudo empezar a plantearse, actuar en el mundo público que antes le había estado vedado.

Eso ha sido un cambio espectacular, no es mi intención describirlo, porque es muy conocido, ustedes lo conocen, y me

propongo sobre todo hablar de los hombres y de las consecuencias que tiene sobre el mundo el cambio insuficiente de los hombres, que es algo más nuevo y menos conocido.

Respecto de las mujeres, sabemos, por ejemplo, que en los países avanzados, en muy pocos años, las mujeres hemos pasado de ser minoritarias en las universidades a ser mayoritarias, y en las generaciones jóvenes hoy el porcentaje de mujeres tituladas universitarias es superior al de hombres. Con lo cual vemos que aquella vieja y falsa historia de que las mujeres no podían estudiar porque su cerebro pesaba menos, entre los muchos argumentos que se dieron –es verdad que pesa menos–, se ha descubierto que no es en el peso que reside la inteligencia, pues el día en que las mujeres pudimos estudiar el tirón que hemos dado ha sido espectacular.

Por lo tanto, es como que las mujeres hemos roto nuestro corsé de género y estamos saliendo de él y pudiendo adoptar todas las actitudes humanas que queramos y que nos apetezcan. Ahora bien, ¿cuál ha sido su efecto? No es el logro de la igualdad de género, como dice el eslogan político. Lo que ha sucedido es una tendencia a la disminución de la desigualdad de sexo. ¿En qué sentido? En el sentido de que las mujeres antes estábamos excluidas del mundo público, sólo los hombres ocupaban estos puestos, y hoy el ser de sexo mujer no nos impide o, por lo menos, no nos impide del todo ocupar estos puestos públicos.

Por supuesto la diferencia persiste. Habiendo más mujeres universitarias, el porcentaje, por ejemplo, en España, de catedráticas es de un 13% y hace diez años que no aumenta. Cuando si hay más mujeres universitarias ya podríamos haber avanzado hasta un 50%, pues no es así. Y hay menos mujeres

ministras y hay menos mujeres en todas partes, en todos los puestos públicos todavía hoy en el mundo.

Pero lo que es importante es ver que este proceso se ha iniciado y el hecho de ser mujer ya no nos impide ocupar puestos públicos. Ahora, si de lo que hablamos es del género entendido como un conjunto de pautas de intereses que ha tenido en el pasado cada sexo y que se han configurado como forma de pensar de estar en el mundo, de tareas a realizar, hoy vemos que la desigualdad de géneros no sólo sigue vigente, sino que ha aumentado en el mundo.

Hoy dedicamos, en el mundo avanzado, menos energía y menos tiempo a las tareas reproductivas que en el pasado. Las mujeres estamos ocupando tiempo en hacer los trabajos productivos que hacían los hombres. Estamos adoptando cada vez más las actitudes que antes eran las propias de los hombres, estamos adoptando sus valores, entre otras cosas porque en caso contrario es muy difícil sobrevivir en el mundo público.

De otra parte, al mundo privado, a todo lo que es el mundo de la reproducción, que no es sólo la reproducción física sino también la reproducción para mantenerse en vida cada día, para comer, para lavarse, para cuidarse, para cuidar a las criaturas que nacen, para cuidar a las personas que se hacen mayores, a todo este mundo de los afectos, en realidad, hoy le dedicamos menos tiempo que en el pasado.

Ayer oía al profesor Brunner en la televisión chilena diciendo que las familias ya han renunciado a preocuparse de la educación de sus hijos e hijas. Cuando fui consejera de Educación en Barcelona por siete años, con lo cual estuve continuamente en contacto con las escuelas, con los kínder, con las guarderías, llegué a la conclusión que no han renunciado, es que no tienen tiempo.

Cuando yo era niña llegaba de la escuela a las cinco de la tarde. Entre las cinco y las nueve, que nos acostábamos, mi madre pasaba cuatro horas charlando con nosotros. Ahora no. Ahora una madre no tiene este tiempo. Llega mucho más tarde, llega mucho más cansada, y no estoy culpando a las mujeres.

Lo que hemos hecho las mujeres era necesario, pero lo cierto es que si lo miramos globalmente dedicamos mucho menos tiempo a la reproducción, y la verdad es que o se hacen cargo las escuelas o cada día la socialización va peor. Más vale que lo sepamos.

Vamos a ver qué ha ocurrido con los hombres. Con los hombres ha ocurrido que en realidad los mandatos antiguos, igual que para las mujeres, han cambiado.

En Europa hace tiempo que no tenemos guerras. La Segunda Guerra Mundial fue espantosa, por supuesto, pero está muy lejos, está a más de sesenta años de nosotros. Ha habido guerras locales, pero, en Europa, hace mucho tiempo que no hay guerras como las hubo en el pasado. Y, hablando de América Latina, creo que ocurre lo mismo.

En sociedades donde había guerras eran sociedades de carencia, en las que había muy poca comida y era muy importante que hubiera alguien dispuesto a defender esa comida.

En la costa catalana tenemos unas islitas chiquilinas y estaban llenas de piratas. Y entonces esos piratas bajaban a los pueblos, los saqueaban, se llevaban la comida del invierno y la gente se moría. Y tuvieron que hacer torres muy reforzadas y meter los graneros dentro y entonces había lo que se llamaba “somatén”, que era una campana que llamaba a los hombres, y los hombres con palos o con piedras o con trabucos, cuando los tenían, o con sables viejos o con lo que tuvieran, salían contra

los piratas a defender la comida. Y eso era una necesidad porque si no la comunidad moría en aquel invierno sin comida. O los atacaban los franceses y entonces había que defenderse, pues los franceses se llevaban todo lo que encontraban: el grano, las mujeres, etcétera.

Cada uno ha tenido sus guerras particulares y sabe que efectivamente esas guerras aparecían como necesarias, aunque miradas una a una las podríamos discutir, pero digamos que en sociedades de gran carencia la necesidad de especializar un sexo para la defensa estaba justificada. Y ese sexo se jugaba la vida, y era la de los hombres. Y tenía que aprender a morir y a matar y a arriesgar su vida a un punto de morir.

Ésta es una operación difícilísima, porque los seres humanos no estamos hechos para morir; tenemos un instinto de vida. Por lo tanto, formar a un individuo para que sea capaz de ponerse en riesgo de morir es una tarea muy complicada, y ésta es la tarea que hacemos con la socialización de los niños.

Yo no sé en Chile cómo será, pero desde luego en España se sigue diciendo a niños de cuatro años aquello de “los niños no lloran”. ¿Por qué? Porque realmente aquí hay una operación en la que me voy a detener porque es importante entenderla. Los seres humanos tenemos una tendencia a la compasión y a la identificación con la víctima, pero para formar un guerrero o una persona capaz de enfrentarse y morir o matar hay que cortarle estos sentimientos.

Hace poco lo vi en una imagen muy gráfica que se las cuento porque es más rápido que contarlo con conceptos. Había en la televisión un documental sobre lo que fue la Segunda Guerra Mundial en Creta, que fue terrible porque los alemanes decidieron que iban a tomar Creta, que es una isla en medio del

Mediterráneo, como base para atacar tanto el norte como el sur del Mediterráneo. Entonces lanzaron a cuatro mil paracaidistas alemanes sobre la isla, para tomarla. Bueno, los cretenses, que estando en el medio del Mediterráneo han tenido que enfrentarse históricamente a todo el mundo, porque todo el mundo los ha querido invadir, están muy acostumbrados a la pelea. Un hombre que ahora ya era muy mayor, pero que en aquel momento era joven y recordaba lo sucedido, decía: “Yo estaba escondido y veía escondido a unos pocos metros de mí a un soldado alemán, y él no me veía a mí. Yo sabía que lo tenía que matar porque, si no, ese soldado iría a mi casa donde estaba mi familia y los mataría. Primero me mataría a mí y luego a ellos. Yo tenía que matar a ese soldado. Pero ese soldado era un chico joven, con una mirada inocente, yo no tenía nada contra él ni él contra mí, simplemente estábamos obligados a matarnos. Y entonces yo sentía compasión de este chico hasta que me di cuenta de que no podía sentir compasión porque era él o yo”, y lo mató.

Este hombre no había podido olvidar esa escena. ¿Qué hay que decir desde el punto de vista de la socialización masculina? Que este hombre había sido demasiado poco socializado como hombre, porque como hombre no podía tener dudas respecto a matar al otro. No podía tener compasión, tenía que matar sin pensar, porque un segundo de duda podía ser él y su familia quienes morían. Por lo tanto, hay que conseguir al formar un guerrero o a un posible guerrero que no tenga sentimientos de compasión, de empatía, y ése es un trabajo que comienza muy temprano en la socialización.

Les he dicho antes que la madre no amamanta igual a un hijo que a una hija. Al hijo ya lo estimula a que sea activo y al mis-

mo tiempo le da más tiempo, porque esa socialización implica que un hombre tiene que cortar con sus afectos, no con todas sus emociones: las emociones guerreras por supuesto que le están permitidas, las emociones de conquista le están permitidas; estoy hablando por supuesto del género. Luego cada individuo es cada individuo, como cada mujer es cada mujer y es más tierna o menos tierna, más entregada o menos entregada. Lo mismo sucede con los hombres, pero estoy hablando del modelo, éste es el modelo. Y entonces esto es tan duro que a cambio se les dio a los hombres el mando, el dinero, la posibilidad de mandar sobre las mujeres, porque, por supuesto, venían molidos a palos, porque los franceses esa vez habían venido en mayor número. De acuerdo al refrán español que dice aquello “que Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos”, las mujeres sentían pena frente a esos hombres que tenían que sacrificarse por el colectivo, porque las defendían a ellos y defendían a las criaturas.

Eso explica el pasado, por supuesto a grandes trazos, porque no tenemos más tiempo. ¿Qué pasa en el presente? Que esa función va dejando de tener sentido. Estamos en una sociedad que tiene la mayor capacidad productiva de la historia: estamos en una sociedad donde con una buena distribución podríamos comer bien todos los seres que hoy habitamos la tierra y podríamos vivir bien; por lo tanto, matar a los piratas ya no es una necesidad y no es necesidad de los piratas atacar para llevarse la comida. Y, sin embargo, se sigue socializando a los hombres para cumplir esa función.

Ustedes me dirán: bueno, pero en realidad lo que hacemos hoy es trabajar; sí, claro, es otra forma de guerra. Porque cuando ustedes han socializado a un guerrero, ese guerrero tiene que

competir en cualquier escenario, y entonces se usa esa palabra que yo odio, que creo que debíamos borrar absolutamente y que en cambio la oigo cada día más, que es competir, competir, competir. “No somos competitivos”, “tenemos que ser más competitivos”, “las ciudades tienen que ser competitivas”, “los países tienen que ser competitivos”... Y competitivo no quiere decir nada. Quiere decir dejar al otro de lado, pasar delante del otro. No es “tenemos que ser mejores”, que es una forma de competir consigo mismo. No, es una forma de decir “con que yo sea mejor que el de al lado, por lo menos le he quitado de al medio, ya está bien”. Aunque eso me obligue a barbaridades, como, por ejemplo, rebajar los salarios de mis trabajadores o tantas otras cosas que en estos momentos estamos viendo en el mundo. Pero si soy competitivo, ya está bien haga lo que haga. Ésta es la ley suprema hoy en un lenguaje económico que nos ha invadido hasta el punto de que verdaderamente casi ya no tenemos referentes externos.

Las mujeres todavía tenemos algunos referentes externos. Lo que pasa es que nos cuesta mucho porque siempre han estado devaluados. Y el problema es saber si nos vamos a transformar antes en hombres, y no estoy hablando por supuesto de la transformación física, sino de la adopción del género, o si seremos capaces de cambiar suficientemente a los hombres e imponer nuestras formas de ver suficientemente, como para que exista un reequilibrio. Esta formación, esta socialización que hacemos todavía hoy de los hombres como guerreros, como competidores, tiene unas consecuencias nefastas sobre todo para los hombres.

Como socióloga, hay una pregunta que hace muchos años que me daba vueltas hasta que tuve tiempo para ponerme a mi-

rar los datos. Resulta que los hombres como grupo dominante viven menos, en años, que las mujeres, un grupo dominado, si siempre en la historia ha sido al revés. Siempre los grupos dominados viven peor que los grupos dominantes, tienen menos alimento, hacen los peores trabajos, con lo cual mueren antes. Y en nuestro caso ha ido evolucionando; por supuesto que en el mundo tradicional morían antes las mujeres. Si ustedes se fijan en los cuentos tradicionales, siempre había madrastras, no había padrastros, había por sobre todo madrastras porque las mujeres morían antes de agotamiento, de partos, de fiebres, de tantas cosas. Bueno, esto ha ido evolucionando y vemos en la mayoría de los países cómo la vida de las mujeres se ha ido alargando, también la de los hombres, pero menos, más lentamente.

Con datos de 2005-2006 de las Naciones Unidas, sólo quedan dos países en el mundo, dos países muy desgraciados, Níger y Zimbabue, donde hombres y mujeres viven una media de 40 años, pero las mujeres siguen viviendo un poquito menos que los hombres.

En todos los demás países las mujeres ya viven más que los hombres, lo cual muestra que su adaptación ha sido superior, pero, claro, ¿y de qué mueren los hombres? Bueno, mueren de muchas cosas, pero veamos en el mundo occidental. Empecé a mirar en España, donde la mayor distancia de muertes entre hombres y mujeres se sitúa entre los 15 y los 30 años con una punta entre 20 y 25. En esa etapa por cada mujer que muere de esa edad mueren entre tres y cuatro hombres de esa edad. ¿Y de qué mueren? Pues no mueren de enfermedad, poquísimos mueren de edad: mueren de accidentes, mueren de drogas, mueren de suicidios, mueren de homicidios y de deportes de riesgos. De eso mueren.

Es decir, como les hemos puesto en la cabeza a los niños que tienen que demostrar que son valientes, que no tienen miedo, que deben enfrentarse, que contra ellos no puede nada... Bueno, pues, ya no tienen una guerra donde poner todo esto en juego; buscan escenarios donde poder demostrarlo y es en esas edades donde chicos que beben se lanzan a la carretera van a doscientos kilómetros por hora. Un juego que se puso de moda en España era entrar en la autopista en dirección contraria y ver cuánto tiempo vives, cuánto tiempo aguantas, y se hacían apuestas de mucho dinero. Y así van quedando muertos por el camino, porque, claro, cuando alguien se encuentra en la autopista a 130, cuando se encuentra con alguien como un bólido que se le viene encima, es probable que se estrelle. Éstas son las muertes de los guerreros que ya no sirven como guerreros.

Esto es sólo la punta del iceberg, porque si luego investigamos todas las enfermedades derivadas de las guerras inútiles, pues resulta que son enormes. Porque ¿de qué vienen tantas depresiones? Claro, el mandato es ser el número uno, pero casi nadie llega a ser el número uno, y si llegas es un ratito muy corto. Recuerdo que cuando escribí ese libro con Manuel Castells y que estaba analizando todo esto, en Barcelona el gran ídolo era Ronaldinho. Bueno, ya no se podía ser más que Ronaldinho, porque Ronaldinho era la gran estrella del fútbol que ganaba todo y yo dije: cuánto le va a durar al pobre Ronaldinho. Yo creo que no pasó ni un año en que empezaron a decir: pero este chico qué hace, qué desastre, y cayó en picada. Es decir, incluso el número uno, no sé si del mundo, pero por lo menos del mundo del fútbol, dura media hora y, a partir de ahí, ¿cuál va a ser su vida? Una vida de decadencia, de nostalgia, de frustración. Esto es a lo que nos lleva esta forma de socialización masculina.

Veamos ahora cómo se produce esto a nivel mundial: esta masculinidad ya obsoleta, porque ya no se ajusta a nuestras formas de vida, tiene consecuencias nefastas muy negativas sobre las mujeres. Yo no sé cómo está aquí la violencia de género. Violencia de género que llamo violencia de género masculino y del que en España hemos descubierto las raíces hace poco tiempo. En la etapa en que yo estaba en el Instituto de la Mujer estaba desesperada, porque me llegaba continuamente la información de muertes y yo tenía la sensación de asistir a una guerra oculta. Pero en aquel momento a los medios de comunicación no les interesaba el tema y era una guerra de la que no se hablaba.

Hoy sí lo sabemos, pero no hemos descubierto la cantidad de hombres que mueren por violencia de género masculino. Cuando lo miramos en las escuelas hay más agresiones de los niños a los niños que de los niños a las niñas, pero las que se quejan más son las niñas, porque las niñas lo viven como agresión. Los niños lo viven como la relación normal entre ellos. Como no se pueden dar un beso se han acostumbrado a darse un puñetazo. Y se dan el puñetazo con el amigo y no quieren destruirlo; simplemente es su forma de relación normal, porque si se dieran un beso todo el mundo empezaría a pensar mal. Y esto ocurre desde los tres, los cuatro años. Con la conivencia de las maestras y de las madres.

A todo el mundo le preocupa terriblemente que un hijo suyo no asuma la masculinidad. Y, cuidado, generalmente cuando se dice esto se está pensando en la homosexualidad y es algo independiente. De la misma manera que hoy, porque una mujer sea diputada no pensamos de ella que va a ser lesbiana, puede serlo o no serlo, pero en todo caso ni se nos ocurre, porque nos vis-

tamos con pantalones nadie piensa que somos homosexuales, pero pobre del hombre que se vista con una falda. Ha habido recientemente todo un debate en Estados Unidos sobre si se debería permitir o no que los niños se pusieran faldas, porque hay niños a los que les gusta vestirse con faldas, pero, claro, ya les caería un sambenito que ya luego de esto no se podrían escapar.

Hay un miedo social transmitido también por las mujeres a abandonar la masculinidad clásica. Y hay un miedo de los hombres. Porque como esto iba de la mano con el poder, pues perder esto puede significar perder poder y de ahí la resistencia. Por lo tanto, hay unas consecuencias negativas sobre las mujeres y hay unas consecuencias negativas sobre los hombres.

Les he dado los datos de mortalidad. Podríamos dar muchos otros datos y de enfermedad y de frustración; es decir, yo cuando empecé a ver el mundo a través de este punto de vista, entre otros, porque no es el único que he usado, me di cuenta de cómo estaban mis compañeros alrededor, mis amigos, mis parientes, mis compañeros de trabajo. Y comencé a ver cómo estaban mucho peor que las mujeres, cómo en sus caras había cantidad de frustración, en sus enfermedades, en sus maneras de hablar.

En sus vidas había una tremenda frustración porque necesitaban estar continuamente demostrando ser superiores a lo que eran y eso es un cansancio terrible. Casi siempre acababan vencidos y reconociéndose como tales y no pudiendo ni siquiera confesarlo, y eso me parece terrible, me parece tan terrible como la etapa en que las mujeres hemos estado sometidas a no movernos de casa, a estar sujetas sólo a la vida familiar, y eso nos ha causado unas frustraciones terribles, porque no hemos

podido desarrollar una parte de nuestra potencia como seres humanos y ahora la podemos desarrollar. En este sentido nos hemos librado del corsé. Los hombres todavía no se han librado del corsé del género y les resulta muy difícil.

Pero, y voy al último aspecto que quería tratar con ustedes, esto tiene consecuencias más allá del ámbito doméstico, más allá de la vida privada.

Creo que debiéramos empezar, en serio, a medir estas consecuencias.

Antes les decía que cuando analizábamos lo que ha ocurrido con los géneros, vemos que en lugar de tender a un equilibrio, a una igualación, la importancia de lo masculino y la importancia de lo femenino, de lo tradicionalmente masculino y femenino en la historia, lo que ha ocurrido es más bien un desequilibrio mayor. Es decir, vamos a una sociedad en la cual los intereses tradicionalmente masculinos son incluso absorbidos por las mujeres. Cada vez veo más mujeres interesadas por el fútbol y que se pueden pelear a fondo por el Barça, que es el de mi ciudad, que ustedes conocen ¡porque cómo no lo van a conocer! O en su caso por los equipos que tengan, que además que ya sé que son triunfadores, pues en el momento en que puse pie en el aeropuerto hubo una especie de grito ensordecedor porque fue el momento en que Chile hizo un gol y ya me di cuenta de que eso es lo más importante que estaba pasando en el país en ese momento.

Bien, miren ustedes, no estoy contra el fútbol, yo no me intereso por el fútbol, ya demasiadas cosas son a las que no llego, no me intereso por el fútbol, pero me he dado cuenta de que al fin se ha encontrado una manera de enfrentarse y de competir sin tener que matarse, menos mal. Los griegos cuando hacían

los Juegos Olímpicos paraban la guerra. Cuando terminaban los Juegos Olímpicos volvían a la guerra. ¡Menos mal que los dejaban un ratito tranquilo con los Juegos Olímpicos! Bueno, pues nosotros estamos haciendo algo parecido, es decir, el imaginario masculino se ha centrado en el conflicto. Las explicaciones que todavía están en el fondo de nuestras cabezas sobre el mundo son que la vida es lucha. La explicación darwiniana –y no voy a entrar, por supuesto, en todo el tema de la evolución de las especies, y daré por supuesto que Darwin tenía toda la razón, sino en lo que luego quedó en el público de todo esto– es que la vida es lucha y es enfrentamiento, y menos mal, porque así los débiles sucumben y sólo quedan los fuertes. Si había muy poca comida a lo mejor tenía un sentido, pero si gracias a la inteligencia hemos conseguido aumentar tantísimo la comida, y digo la comida por decir algo que todos entendemos rápido, pues qué necesidad hay de seguir en el esquema darwiniano de lucha por la vida y que muera el débil. Y, sin embargo, eso sigue en el fondo del imaginario masculino que necesita enfrentamiento, necesita epopeya.

Cuando nos vamos al fondo de nuestra tradición occidental, ¿qué encontramos? Como en los textos más sagrados, la *Iliada* y la *Odisea*, una historia de guerra, una historia de enfrentamiento por un motivo absolutamente trivial: una mujer. Mira, las mujeres aparecen por ahí sufriendo, quedándose viudas, tejiendo y destejiendo, pasándolo fatal mientras ellos hacen la guerra. Y eso es la fundación de nuestra civilización occidental.

Repito: entiendo, como socióloga, que todas esas cosas fueron necesarias en una época, pero también como socióloga digo: creo que esto no tiene nada que ver con nuestra época. En nuestra época tenemos otros planteamientos por delante.

La capacidad de destrucción y la capacidad de producción han aumentado tanto, que hoy el problema que tenemos no es cómo producir, más sino cómo ponernos de acuerdo para no destruir la naturaleza. La capacidad reproductiva está amenazada para las próximas generaciones. Hemos bajado tanto el nivel de interés por la reproducción, que lo que les pase a las demás generaciones qué más nos da –es más, ya estamos viendo cómo la gente joven en el mundo occidental está teniendo muchas dificultades para reproducir los niveles de vida que hemos tenido unas cuantas generaciones–, pero en cualquier caso la amenaza para las generaciones futuras está ahí, porque sabemos que nuestros recursos de la tierra son finitos y no los explotamos en función de necesidades humanas, sino que muchas veces en función de competir. De ver quién es el que se va a apoderar de este metal o de esta cosecha, o de esta semilla, o de esta agua, o de lo que sea. Quién consigue poner la mano encima sin contar los costes que esto representa en vidas, en destrucción de naturaleza, en todo tipo de cosas.

Yo creo que ha llegado el tiempo en que la humanidad, inteligentemente, se ponga no a competir, sino a colaborar. Ha llegado el tiempo de empezar a pensar cuáles son los niveles de vida que nos podemos permitir y ver cómo hay que distribuir la riqueza y ver cómo hay que mantener esto solidariamente, porque, si no, estamos, efectivamente, serrando la rama sobre la cual estamos sentados, pero si dejamos jugar la lógica masculina, esa rama va a caer y nosotros con ella. ¿Por qué? Porque hoy la lógica masculina sigue siendo la de imponerse, sigue siendo la de hay que demostrar que puedo; antes era frente al pirata o frente a los franceses; hoy puede ser frente a la naturaleza.

Hay una cosa que me ha llamado mucho la atención: el gran esfuerzo que está haciendo la humanidad para producir la vida de nuevas maneras, la vida humana aún no, pero otras formas de vida en probetas, en laboratorios. Cuando al mismo tiempo tenemos, y lo sabemos, miles y miles de seres humanos que mueren de inanición, de carencia. Es decir, no es que nos importe la vida, no. ¿Qué es lo que nos importa? A ver si yo puedo mandar sobre la naturaleza, la capacidad de demostrar que puedo y que me impongo a la ley natural.

Este tipo de competición nos está llevando tan lejos, que, si hacemos un análisis, por ejemplo, de las organizaciones de trabajo a través de este lente, nos damos cuenta de que una buena parte de lo que se está haciendo en las organizaciones de trabajo no está destinada a producir más y mejor: está destinada a que el jefe número tal se ponga por delante del jefe número cual. O que el empleado número tal pase por delante del empleado número cual. Y ahí tenemos que se oculta información, que se hacen trapicheos de todo tipo que no van en el sentido de mejora de la producción o de aumento de la productividad; van en el sentido de mi esfuerzo por prevalecer. Mi esfuerzo, por ejemplo, de hacer prevalecer unas formas jerárquicas que cada día vemos que son menos adecuadas para el tipo de personas que somos hoy.

De modo que yo creo que ha llegado el momento en que efectivamente el género masculino se replantee a fondo. Entre otras cosas, por una razón: porque las mujeres en el replanteamiento del género femenino hemos ganado sobre los dos tableros. Hemos ganado en libertad y hemos ganado en el sentido de que ya no ocupamos únicamente el nivel inferior de la jerarquía. Para los hombres es más difícil, porque si replantean y rompen el género masculino tradicional ganarán en libertad, pero tienen el

riesgo de perder en jerarquía, pues por ahora la posición masculina como posición dominante todavía se mantiene. Cada día menos, es cierto, porque se mantenía debido a que la mujer que veía a su hombre peleando por ella y muriendo por ella lo respetaba, y lo quería, y lo honraba, ya que se daba cuenta de que aquello era un sacrificio. Hoy, cuando tu compañero gana más o menos lo mismo que tú y llegas a casa y tú tienes que empezar a hacer el trabajo de tu casa y él se sienta a leer el periódico, el respeto deja de existir. Porque ya no tiene una base objetiva sobre la que sustentarse.

Entonces pasa aquello que me han dicho tantas mujeres, una expresión que es muy graciosa: “Yo cada día pongo en un pedestal a mi marido y le quito el polvo y lo arreglo bien. Llega él, tenemos alguna bronca, y se cae la estatua del pedestal y se hace mil pedazos. Y yo, ¿qué hago al día siguiente? Lo recojo, lo pego, lo vuelvo a poner en el pedestal y lo vuelvo a mirar diciendo bueno es mi marido, qué grande es”. Eso es hoy lo que hacen muchas mujeres en el mundo, porque siguen manteniendo la ilusión del amor; ése es el precio que estamos pagando, pero eso no se sostiene. No se sostiene porque eso es una ficción y, como todas las ficciones, acaba como estamos hoy: cada uno por su lado, intentándolo de nuevo, fracasando de nuevo. Qué les voy a contar que ustedes no sepan.

Por todo esto yo creo que es absolutamente necesario que los hombres empiecen a entrar en serio en la modificación del género masculino. Ellos tendrán que discutir y tendrán que ver qué es lo que querrán conservar y qué es lo que quieren dejar atrás, pero hoy, tal como está este género masculino, está mal, y la prueba es que mueren antes y no es lógico que un género dominante muera antes. Es que algo está mal.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

–En reemplazo de la guerra, ¿qué vislumbra en lugar de esta mirada? ¿Será que competirá el hombre contra la mujer para mantener el poder?

–Bien, de hecho el hombre todavía no ha llegado al punto de creer que se le escapa el poder. Lo que sí muchas veces los hombres viven es que se les escapan las mujeres, se les escapa el poder sobre las mujeres. Y de ahí las rupturas; las parejas con jóvenes están clarísimas. La mujer que tiene más o menos la misma edad que el hombre ha progresado en la vida igual que él, ha ido adquiriendo saber hacer, sabiduría; entonces, claro, ya no lo tiene en un pedestal, pero una más joven es más fácil que lo tenga en un pedestal y que el hombre pueda actuar de mentor. Entonces ahí tenemos, justamente, la explicación, la sustitución.

En este sentido los hombres todavía no se sienten como que han perdido el poder o que el poder se les escapa. A nivel de la organización del mundo, de la organización de la producción, de la política, los hombres siguen dominando. Y lo que las mujeres hemos hecho es adaptarnos a los papeles masculinos, esto es muy claro.

Como Ernesto [Ottone] ha hablado de mis historias por el mundo, de mi vida, ustedes saben que estuve mucho tiempo en la Unión Europea, estuve en muchas cosas de este tipo y, claro, entonces ves claramente cómo las mujeres nos adaptamos. En la política nos adaptamos hasta en el vestido. Hay un uniforme de las mujeres en la política, el traje chaqueta de un color muy discretito y luego, sí, alguna joyita, porque tenemos alguna diferencia, pero que no se note mucho. Los tacones también,

porque los tacones te hacen sentir con un poquito más de presencia. Esto es general; las mujeres en política nos travestimos todavía, porque es un mundo regido por los hombres.

Ustedes sin embargo han tenido a Bachelet. Éste ha sido un caso un poco diferente. Han tenido una presidenta que actúa como mujer, tiene aspecto de mujer, se la ve como una mujer. Empieza a haberlas, pero todavía muy pocas. Porque es tan apabullante el sistema, que las mujeres no tenemos todavía el espacio suficiente como para ser distintas. De todos modos yo creo que el poder masculino, en el mundo público, todavía no se siente amenazado, y lo que necesitamos es que sean los propios hombres los que verdaderamente empiecen a deconstruirlo, entre otras cosas para liberarse de esa competitividad, para que vean el precio que pagan, que, como les he dicho al principio, es un precio de salud y de muerte, de enfermedad y de muerte; ése es el precio que pagan por mantener un nivel de competitividad que hoy no tiene mucho sentido.

—¿Cómo vincula los temas expuestos con la seguridad ciudadana?

—Respecto de la seguridad ciudadana, durante mucho tiempo la violencia masculina se ha visto como algo tan normal, que efectivamente se veía casi como algo lógico, y si un hombre no la ejercía en determinadas situaciones era mal visto. Por ejemplo, hay una obra de Ramón María del Valle-Inclán, que se sitúa a principios del siglo XX, que se llama *Los cuernos de Don Friolera*. Y en *Los cuernos de Don Friolera*, la esposa de Don Friolera tiene una aventura y entonces Don Friolera tiene que matarla, a ella y al amante, pero Don Friolera no se atreve, pero toda la sociedad lo empuja. En este caso, realmente la violencia masculina era una

necesidad para reafirmar la autoridad, para reafirmar toda una serie de cosas. Pienso que todavía hoy hay muchos hombres que tienen el impulso a este tipo de recurso. Es decir, frente a que no se respete su autoridad, intentan ejercer violencia.

En parte la inseguridad ciudadana nos viene de ahí y tenemos que ver cómo la vamos reduciendo. En este momento en España hay una fuerte tendencia a hablar, precisamente, de todo lo que se entiende como violencia de género. No sabemos si la violencia hacia las mujeres y las muertes de mujeres son más que antes, pero probablemente son más que antes. ¿Por qué? Porque ahora las mujeres resisten. Porque las mujeres ya no aceptan que lo que dice el hombre tiene que ser ley y muchos hombres no aceptan que de pronto una mujer no obedezca. Y muchas de las muertes por violencia de género son muertes de mujeres que están en ese momento separándose y justamente por eso los hombres las atacan, y a veces se matan a sí mismos, con lo cual se demuestra el proceso totalmente irracional en el que han entrado, porque no pueden soportar el hecho de perder la posición preeminente masculina.

Entonces yo creo que la inseguridad ciudadana no tiene los niveles de agresividad que podría tener una guerra. Otra cosa es que no nos guste, pero los caminos para ir reduciéndola son precisamente los caminos en que la gente entienda que tiene que resolver los conflictos por otro camino, y también los problemas de pobreza, los problemas de desigualdad, pues en sociedades muy desiguales con una gran riqueza y una gran pobreza es casi normal que haya inseguridad ciudadana, porque quienes no tienen nada frente a aquellos que tienen mucho se ponen en un rincón a morir o atacan. Entonces digamos que aquí hay también una cuestión de distribución de la riqueza que yo creo que es importante.

Una de las cosas que se han estudiado es que en la etapa previa a la Revolución francesa estaba dándose una serie de características en la aristocracia, porque en el pueblo las mujeres se dedicaban a parir y los hombres a ganar la vida como pudieran, de modo que no tenían demasiado, pero se estaba dando una situación en que por primera vez había como una capacidad de contemplar otras cosas, es decir, de igualdad real entre hombres y mujeres, en un sector social: la aristocracia. Y entonces justamente la Revolución francesa fue una manera de cortarla, es decir, a veces el regreso a la violencia es una forma de cortar los avances de la humanidad. En este momento a mí no me extrañaría que se produzca, y de hecho vemos intentos de producirse, este tipo de retrocesos. Es decir, retrocesos en los cuales se vuelven a imponer formas de violencia generalizada, y estamos viendo muchas cosas en ese sentido, que hacen que los temas de las mujeres queden aparcados.

Los hombres tienen una prerrogativa: la guerra. La guerra no se discute. Señoras, tenemos que empezar a discutir la guerra, estamos en condiciones de comenzar a discutir la guerra y de decir no a la guerra. Las mujeres toda la vida han ido a la guerra. No han ido ellas, pero han visto esto como un imponderable sobre el cual no se podía discutir nada, era algo que se imponía. Bueno, ¿y por qué no podemos empezar a discutir la guerra y por qué no podemos empezar a boicotear todo frente a las guerras, cuando en muchos casos hoy sabemos que estas guerras no son por necesidad de subsistencia, sino que son guerras por ver quién acumula más, quién puede más, quién compite más? Entonces, a mí no me sorprendería que hubiese intentos en este sentido. Hoy vemos en el mundo muchos intentos a través de las crisis, a través de la economía, etcétera,

que se imponen como palabra de Dios; no se pueden discutir los hechos económicos y que hacen que todos los intentos por avanzar civilizadamente, que se han hecho no sólo por parte de las mujeres sino que también de los hombres, tienen que quedar como entre paréntesis: “Ya lo discutiremos cuando haya tiempo; si hay guerra, hay guerra”. Yo creo que hay que estar muy vigilantes frente a esto, porque efectivamente no todas las mujeres somos iguales, igual que no lo son todos los hombres. Éstos son modelos y luego adoptamos individualmente más o menos los modelos; por lo tanto, hay mujeres guerreras que imitan a los hombres hasta el final y a los más guerreros, pero lo que sí es importante es ver que cada vez tenemos más fuerza como para tratar de impedirlo.

–Hay aquí dos preguntas resumibles en una, y que dicen relación con la discriminación positiva, las cuotas, etcétera, inquiriendo qué piensas tú frente a ello, y una tercera pregunta que dice si no serán las anteriores una forma de mantener el poder sobre las mujeres.

–La discriminación positiva es una forma que debe mantenerse mientras exista una desigualdad suficientemente importante. Discriminación positiva se ha hecho muchas veces y se sigue haciendo sin decirlo. Por ejemplo, cuando los partidos políticos preparan una candidatura para presentarse a las elecciones, generalmente dicen: “Tiene que haber uno del norte y uno del sur y uno del este, y uno del oeste, y uno de las islas”, en términos de distribución territorial. No van a elegir a todos de Santiago, porque entonces la gente del sur va a decir “oigan, ¿y a mí quién me representa?”. Entonces nunca se va a elegir a los mejores, siempre hay cuotas. Lo que pasa es que no se les

llama así; sólo se han llamado cuotas cuando nos toca a las mujeres, miren qué interesante. Y en otros países que tengan, por ejemplo, más diferencias étnicas, pues tiene que haber blancos, tiene que haber negros y tiene que haber rubios, pero no se verbaliza; simplemente al hacer las listas se tiene en cuenta.

Lo mismo ocurre con las mujeres. Evidentemente, a las mujeres no se nos conoce porque no hemos estado en los sitios, porque, claro, la teoría es: irán en las listas los mejores. ¿Pero cómo sabremos cuáles son los mejores? ¿Es que los conocemos a todos y a todas? No, a las mujeres no. Al principio, pues, tienen que ir forzosamente, porque, si no, realmente nunca se consigue la igualdad. Luego, al cabo de un tiempo, ya no será necesario; cuando haya tantas mujeres conocidas en política como hombres ya no serán necesarias las cuotas, pero por ahora son necesarias. Porque de lo contrario nadie las conoce y como nadie las conoce nadie las puede considerar buenas. Así que yo siempre lo he dicho: yo soy mujer cuota, ¿pasa algo? Por supuesto que soy mujer cuota, porque si hubiese nacido treinta años antes nadie me hubiese puesto nunca en un cargo; me pusieron porque las mujeres comenzábamos a obligar a que esto fuera así. De modo que no hay que tener miedo de ser mujer cuota; tenemos que reclamar las cuotas y tenemos que hacer que se cumplan. Y el día en que ya de una manera espontánea conozcamos a tantas mujeres que están en los sitios y sea tan notorio su talento, su capacidad, su sabiduría, pues entonces probablemente ya no será necesario, pero, hoy por hoy, todavía no es así en la mayoría de los países del mundo y por eso necesitamos forzar un poco las cosas.

Lo de mantener el poder sobre la mujer: no. En realidad hay una cosa que es cierta: mientras no se alcanza un deter-

minado nivel de presencia de mujeres en los organismos, las mujeres nos travestimos. Yo he estado en un par de cargos (bueno, el del Instituto de la Mujer era muy especial) en el Ayuntamiento de Barcelona durante siete años. Las mujeres nos vestimos casi como que no se notara mucho. Cuando, por ejemplo, una ministra, Carmen Alborch, una mujer muy guapa, que siempre fue muy elegante, al prometer los ministros, esto fue en los 90, se presentó con un escote, todo el mundo señaló “cómo se atreve”. Claro, Carmen se puede atrever a todo, porque es así, pero, ¿por qué las demás nos travestimos? “Que no se note mucho”, dice la mujer, inconscientemente. Pero sí eres más vulnerable, porque no se te escucha, porque no se te ve, porque simplemente los hombres reconocen a los hombres por hábito y entonces a veces dices una cosa y nadie te ha oído. Tú lo has dicho en público, en voz alta y con buena voz, pero no se te ha oído, y en cambio han oído perfectamente lo que han dicho los otros; por lo tanto, mientras estamos en minoría hay un travestismo que pasa desde el traje, la manera de hablar. Por ejemplo, una cosa muy interesante: las mujeres estamos bajando nuestro tono de voz hasta el punto de forzar nuestras gargantas. ¿Por qué? Porque en los espacios públicos las voces muy agudas son muy mal vistas, son de tontas, de mujer poco instruida; por lo tanto, sin darnos cuenta bajamos nuestro tono de voz.

Es decir, estamos en minoría todavía en el mundo público y entonces necesitamos ser más porque hay unos niveles –¿se acuerdan de aquello de lo cualitativo y de lo cuantitativo?– que son muy importantes y, por lo tanto, excepto casos muy excepcionales de mujeres muy fuertes, en el mundo público tenemos dificultad para hacernos oír. Y de ahí cierto travestismo, y de

ahí que necesitemos ser más, y de ahí que necesitemos cuotas y necesitemos todavía toda una serie de artilugios. ¿Cuál es la única solución? Que seamos más, el 50%. Entonces veremos cómo todo cambia.

—¿Por qué la discusión sobre el género masculino la tienen que hacer los hombres, cuando las mujeres, a través de la educación, son fundamentales en la constitución, o al menos en la reproducción, de la forma de conformarse de ese género masculino?

—¿Se acuerdan de una etapa en la que nosotras comenzábamos a discutir sobre ser mujer y echábamos a los hombres de las salas y de los espacios? ¿Por qué? Porque venía uno y nos daba la lección y nosotras seguíamos calladitas. Hay cosas que tuvimos que descubrirlas solas, y tuvimos que caracterizarlas solas, y tuvimos que decidir que no por querer trabajar fuera de casa o tener un cargo político teníamos que vestirnos de mariachos y queríamos seguir manteniendo el lacito si nos daba la gana. Y, en cambio, esto visto por un hombre seguramente hubiese sido visto como una frivolidad.

Son los hombres los que tienen que pelearse con su género y limpiarlo. Podemos ayudar y tenemos que hacerlo, y tenemos que ponerles los espejos para que se vean, pero en realidad son ellos quienes tienen que hacer el trabajo que nosotras hemos hecho. Y que luego les siga gustando el fútbol, que seguramente les seguirá gustando, bueno, que disfruten, así como a nosotras nos sigue gustando peinarnos hoy así, mañana de otra manera, y ponernos un vestido. A algunas sí, a las otras no, pero estas cosas no tienen por qué desaparecer; lo que no puede ser es que se conviertan en símbolos de inferioridad social, o de mando, o de todas estas cosas.

En España hay ya un grupo de hombres muy numeroso bajando por la igualdad y haciendo una crítica profunda de los modelos de masculinidad. Y de vez en cuando vienen y nos dicen: “Bueno, ¿qué nos contáis? Porque vosotras sois nuestras maestras en esto”. Y, bueno, tienen mucha razón, les podemos dar muchas pistas, porque hemos estado por delante, pero de todos modos son los hombres los que tienen que hacer la crítica de la masculinidad en este momento, y ver qué quieren salvar y ver qué quieren dejar de lado.

Yo creo que, por ejemplo, en un principio se consideraba que las feministas debían ir vestidas muy mal, mal vestidas de una manera ostentosa. Todo esto se ha superado y cada una se viste como le da la gana, y el hecho de ser más o menos de un aspecto o de otro ya no tiene importancia. Lo que importa es lo que haces y lo que dices. Pues yo creo que en los hombres habrá un proceso igual. Tienen que ser los hombres los que vean qué parte de su masculinidad tradicional quieren mantener y qué parte no.

—¿Qué costos pagamos las mujeres al adaptarnos al mundo masculino?

—Qué pagamos las mujeres por todo esto. Yo creo que las mujeres no tenemos más que cosas a ganar, por suerte. Es la única ventaja de ser el género dominado, que sólo puedes ganar. Los hombres van a perder, porque van a perder su supuesta superioridad, su situación dominante. Por eso les cuesta más esta revisión. Van a ganar también, van a ganar muchísimo, porque es terrible todo el día tener que ser fuertes, valientes, aguerridos, y sabemos que no es verdad. Como todos los seres humanos, hay algunos que lo son y otros que no, y hay otros que en el fondo hacer este papelón les cuesta un montón: poder

dejar de lado este disfraz de la masculinidad triunfante será un alivio tremendo, y poder ser dulces, poder ser tiernos, poder emocionarse, poder sentir, poder hablar de sí mismos, pues los hombres no pueden entre sí hablar de sí mismos.

Un día le dije al alcalde, cuando estaba en el Ayuntamiento de Barcelona, “siempre estáis hablando de fútbol”, y me dice: “Marina, ¿y de qué hablaríamos cuando nos encontramos por los pasillos?”. Tiene razón, yo cuando me he encontrado a una compañera le decía: “¿Y cómo está tu madre, que me dijiste que estaba enferma?”, o “qué bien que te sienta este traje”, u “oye, que mal te sienta”. Mil cosas teníamos que hablar, mil comentarios. Los hombres no pueden hacer ningún comentario personal. Tienen que relacionarse a través de algo externo y el fútbol es maravilloso para esto. Se entiende que haya sido tan exitoso. Es una guerra simulada en la cual se puede tomar partido, se puede uno apasionar y puede ser muy violento incluso, y nos da tema de conversación en los momentos vacíos.

Todo esto es lo que los hombres tienen que ir limando, limpiando, y tienen que saber que perderán supremacía. La supremacía sólo será de quien se la gane, pero ganarán libertad, ganarán salud, ganarán vida. Estoy convencida de ello.

—¿De qué manera ve como posible a corto plazo que los hombres cuestionen la masculinidad tradicional, si muchos de ellos ni siquiera son conscientes del daño que esto les hace, y de qué manera podemos todos, hombres y mujeres, contribuir con que se tome dicha conciencia?

—Por supuesto que todo el mundo puede discutir, como todo el mundo ha discutido sobre las mujeres, pero de lo que yo estoy convencida es de que la transformación la tiene que hacer

el sujeto que se transforma; por lo tanto, llegar al fondo de la masculinidad y hacerla estallar de modo que cada persona pueda ser cada persona, y quien es más agresiva o agresivo pueda serlo, y quien es más tierno pueda serlo sin que ello represente una amenaza. Porque hoy, todavía, en las escuelas he visto, año y año, que al niño que llora se le llama marica: “Pero no seas marica, no vayas a llorar”, y es un niño de cuatro años que no sabe nada el pobrecito. Entre nosotros es un insulto muy fuerte para un hombre en España.

Toda esta transformación está todavía comenzando para los hombres. Por supuesto que las mujeres podemos incidir, pero el sujeto de la transformación tienen que ser los hombres. Si no, no se van a transformar. Pero tienen que ser los hombres por una razón; en general hemos invocado, por justicia, en relación a las mujeres, que éstas son las malas razones. La razón por la cual tienen que analizar la masculinidad y reconstruirla de otra manera es para no morir antes, es porque van a vivir mejor, porque esta masculinidad los está ahogando, es una masculinidad de otra época. En otra época, cuando venían los franceses y nos molían a palos, ahí tenían que salir a defender al pueblo. Esto se acabó, esperamos. Y no vayan ustedes a reinventar guerras para poder seguir pegando palos, que a veces lo hacen.

De modo que para transformar la masculinidad y liberarse de esta coraza del guerrero, que es enormemente mutiladora, se tiene que hacer, sobre todo, desde dentro y viendo las razones que como persona, como hombre, te impulsan a hacerlo. Si te lo dice una mujer vas a sospechar: “¿Qué pretende? ¿Que sea débil para mandarme?”. En cambio, cuando los propios hombres se den cuenta del daño que sufren y de cómo todo esto los afecta negativamente y cómo mueren antes por estas razones, entonces

es cuando verdaderamente comenzarán a transformarse en serio. Y les digo que no es una utopía: hay movimientos de hombres ya, en muchos países avanzados, y movimientos de hombres que cuestionan profundamente la masculinidad tradicional.

–¿No hay en esto responsabilidad de las propias madres?

–Pero las madres han sido forzadas a actuar como actúan. Han sido forzadas por una cultura que las obliga. Un caso que a mí me estremece es el caso de las africanas que mutilan a sus hijas, con las cuales he hablado. Recuerdo, por ejemplo, en la Conferencia de Beijing, haber hablado con la presidenta de la conferencia, que era una mujer tanzana, y en un momento dado me dijo, antes de que se celebrara: “Marina, ¿qué hacemos con esta conferencia? ¿Hacia dónde la dirigimos? ¿Qué hacemos?”, porque todo era muy complicado. Yo le dije: “Mira, yo creo que sólo con que sirviera para acabar con las mutilaciones de las mujeres en África, ya podríamos estar contentas”. Ella me dijo: “¿Qué dices? Esto ni hablar. Claro que tengo que mutilar a mi hija; si no, nadie la querrá”. Entonces, ella era la primera que iba a mutilar a su hija. ¿Por qué? Porque en caso contrario hacía de su hija un ser marginal. Entonces ella tenía que obedecer este mandato, pero también te digo que en un estudio que hice hace años las maestras, maestros y maestras les hablan más a los niños que a las niñas, pero las maestras todavía mucho más, contado en palabras. Pero también son las primeras que entienden, cuando se lo explicas, que se equivocan, y son las primeras que corrigen. Por lo tanto, evidentemente que las madres han mutilado a las hijas y han mutilado en otros sentidos a los hijos, pero lo han hecho porque las han obligado. Son las primeras que cambian cuando lo entienden y tienen rendijas de libertad.